Juan José Morosoli

Una Virgen

textos.info
biblioteca digital abierta

Una Virgen

Juan José Morosoli

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8557

Título: Una Virgen
Autor: Juan José Morosoli
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 17 de abril de 2025
Fecha de modificación: 17 de abril de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Una Virgen

Las tres tías, solteras y viejas, tejían. Celia bordaba o leía la "Historia Sagrada". Ellas iban siguiendo la marcha de la tarde hacia los cerros. Lentamente acercaban las sillas hasta el ventanal enfrentado al poniente. La casa daba al callejón de la iglesia que era una vía muerta.

Veían regresar los niños del colegio. Al rato cruzaban los soldados que iban a hacer la guardia nocturna a la cárcel. Después la campana alta llamaba a novena. Las ondas sonoras iban a perderse en el campo, desde donde regresaban las palomas de los mechinales de la torre. La

torre cambiaba con el campo sonidos por palomas.

Instantes después salían las cuatro para la iglesia. Era la hora de la novena.

* * *

Un día las tías resolvieron que Celia fuera a los bailes del club. Tenía ésta veinticinco años. Vestida de largo con el talle alto, su cuerpo de campanilla escolar, frente a los pesados cortinados de pana morada, parecía suspendido desde arriba.

Fue una noche para ella sola. Las otras mujeres vieron cómo los hombres se la disputaban en cada vals. Bailó hasta el amanecer; en cada danza un compañero distinto.

Cuando regresó a la casona familiar cubierta de jazmines en flor, las tías esperaban el regreso prontas para la misa del alba, negras de capas y rosarios.

Caminaban ya las cuatro hacia la iglesia. Las tres mujeres escoltaban a la joven. Como tres escarabajos, empujando un pétalo de azahar.

A los pocos días entró en "Las Hijas de María".

* * *

De su niñez guardaba un recuerdo de muñecas y el ruido de una puerta al cerrarse.

Fue aquella puerta la que la alejó por siempre de los hombres. De la madre muerta cuando ella tenía diez años, recordaba las manos. Era un recuerdo que estaba junto con el otro, el de la puerta.

La escena se repetía siempre. La madre llegaba a acostarla. Rezaban. Mullía las almohadas con aquellas manos largas y tibias que iban después a ordenarle los bucles de la frente.

Entonces venía el padre. Se inclinaba. La besaba.

—Vamos —le decía después a la madre.

Se lo decía en tono bajo, pero era una orden.

Apenas transponían la puerta, sentía Celia correr la llave —el padre la corría— que cerraba con un golpe definitivo.

Esto la separaba de la madre y de toda cosa, dejándola sola.

El padre era el culpable.

* * *

Recordaba algunas muñecas. Las tías las vestían siempre de novias o de pastoras.

Ella iba al cuarto de las muñecas, como otras niñas iban a la plaza a cantar y hacer juegos de ronda.

—Las niñas de ahora saben más que las viejas de antes —decían las tías.

Por eso ella no podía jugar con las niñas.

Días antes de la "fiesta de la virgen", la casa empezaba a llenarse de risas de niñas —los varones estaban excluidos— que venían a ensayar para la velada. Celia adquiría en estos días una importancia excepcional. Dirigía los ensayos, ordenaba coros y ropas livianas como nubes. Crinolinas y

muselinas para los cuadros plásticos, representando vírgenes y ángeles.

Las tías armaban pequeñas coronas de jazmines artificiales y azucenas de papel encerado. Eran flores para vírgenes muertas —de yeso o de mármol— que enfriaban las frentes de las adolescentes.

Durante ocho o diez años, Celia ocupó el centro del escenario en el cuadro de la Coronación de la Virgen, rodeada de ángeles, fina y pálida entre gasas celestes.

* * *

Las tías cazaban los regresos de los bailes en la madrugada. Acechaban aquellos regresos, para saber si en alguna de aquellas noches quedaba un hombre detenido en la vida de Celia.

Esperaban que algún día llegara un hombre a desordenar sus cosas y su vida, a desatar llantos y risas, a deshacer los aspectos definitivos que ellas les habían dado a algunas cosas.

Una vez Ana Luisa, la mayor, le preguntó:

—¿Pero nunca te dijo nada un hombre?

—Que soy linda sí... Que agrado... Que bailo bien.

—Pero eso no es el amor.

Ella calló un segundo. Recordó la puerta que se cerraba tras el beso que le daba la madre y respondió:

—A mí me gusta el amor sin hombres...

* * *

Resultaba ahora una solución, para los matrimonios maduros que no deseaban trasnochar llevando sus hijas a los bailes.

Celia parecía la paloma señalera que saca a la pichonada del año a volar campo adentro.

Carcajadas y risas y carreras despertaban las sombras de la casona, apretadas bajo las diosmas y los jazmines y las angélicas...

Era dulce aquel destino de Celia de iniciar en las fiestas de la música y la danza a las adolescentes. Ella era feliz...

* * *

Algunos de aquellos murmuradores de la rueda del club hizo el descubrimiento...

—Muchacha que vaya a los bailes con Celia, no se casa...

La frase entró en los zaguanes y se quedó dando vueltas en las piezas de costura de las muchachas.

* * *

Aquella noche la negrita de los mandados volvía de una y otra casa.

—Dice que no va...

—Dice que va sola...

—Dice que va con la señora...

Y al fin:

—Me dijo la señorita Julia que no va ninguna.

—¿Por qué?

—Porque la que va con usted no se casa...

* * *

Desde aquella noche Celia no se vistió más de blanco.

Nunca más el portal de la quinta se abrió de noche.

Juan José Morosoli

Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.4? Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.